

SARTRE Y EL EXISTENCIALISMO

José Repiso Moyano

El existencialismo era una corriente intelectual que se generó por y a raíz de una sociedad en crisis, como la de principios del siglo XX, con unas ideas de volver o de refugiarse en lo más humano, en el “buen salvaje” de Rousseau, en el ser “que se vive” de Kierkegaard, en el grito emocional más que racional: el cual despierta o hace al ser humano ser consciente de sus sometimientos. Era un posicionamiento crítico, anárquico, rebelde; era el vuelco de la historia a favor de un ser humano en concreto, señalado con el dedo de la revaloración, ahí, esperando ser escuchado, esperando que la humanidad no progrese sin él, sin su sentimiento... desahuciado. Este posicionamiento lo defendieron: Heidegger, Sartre, Marcel y Camus, entre otros. Sus reivindicaciones se expresaron con la duda, con la lamentación de un existir humillado o sometido (por “el todo de puertas cerradas”), con el pesimismo, con el subrayar constantemente la carencia de un “sentido justo” ante tanto horror que, en el mundo, recibe y protagoniza el ser humano. Por eso, por ese aspecto de quitar cadenas y de liberalización, se puede considerar como el primer grupo intelectual “de compromiso” con la esencia del ser humano puesto que, si los ilustrados lo incitaron a que se

librara por medio del conocimiento de la obediencia ciega a los poderes fácticos, los existencialistas promovían su propia conciencia crítica frente a la sociedad y frente a sí mismo, para librarse dentro de sí mismo incluso, ya consciente de toda clase de miseria por dirigirse, así, a la necesidad de ser solidario o de comprender a los demás.

Sartre (París, 1950-80) sostuvo que cada uno de nosotros somos un ser libre, en ciertas direcciones que podemos o no elegir; pero, en contra, eso supone también una condena, una “fatalidad” de ser siempre libertad. No podemos elegir no ser libres, no podemos elegir no desear, por lo que el ser humano está claramente condenado, condenado a una “pavorosa” libertad. Es cierto, dentro y no alrededor de este cerco, de lo que hay, solo se puede vivir; en tanto que siempre se vivirá de lo posible, de unas inescusables raíces en adelante pero, sobre todo, del contexto que posibilitó a tales raíces el desarrollarse o el que formaran algo. Al lado de esta angustia, él cree en el ser humano y lo determina como un proyecto, semejante a una aspiración contenida o constituida por valores en cuyo centro se encuentra la intención, el menos vano de los valores: el intentar siquiera con autenticidad el

crearse a sí mismo o el dirigirse a su felicidad. Es evidente que esta aspiración sugiere seguir a un humanismo que no es abstracto, sino que es concreto y necesario, un humanismo que no es el que de forma renacentista se defendía por liberar individuos mediante mitos o fijaciones a un “ideal del yo” con referencias o encasillamientos en la historia. Aquí, en cambio, es un humanismo del aprovechamiento de la libertad para construir, es un humanismo que no quiere orientarse de su pasado, que niega asimismo definirse por naturaleza: una verdadera utopía.

Algo de virtuoso es este propósito, pero su error fundamental se descubre en que solo es un propósito, que abusa de proposición cuando, en realidad –porque es realidad lo que ya somos antes de un propósito–, el ser humano debe seguir obligatoriamente a unas referencias no elegibles, sino condicionantes, condicionantes porque lo han hecho y porque pueda existir. Los principios condicionan para que algo consista en algo. Es el mismo error que cometió Heidegger; y en grado tal que, el ser humano, no es un “ser-ahí” solamente, advertido de golpe: además la realidad lo ha permitido “hasta ahí”, por lo que no es el “ser-ahí” mágico u ofrecido en un “abracadabra”, no el



ser abandonado por la realidad, sino únicamente es el ser que se acumula de realidad y de elementos reales.

Por supuesto, lo que bien se puede hacer es modular ciertas acumulaciones o rechazar las que son

posibles rechazar –como los valores creados desde la sinrazón o desde la ignorancia o no consubstanciales al ser humano–. Se tendrá que hacer lo posible y eso no es absurdo ni repugnante, solo es conformidad real: el aceptar la realidad útil para su todo, no para la conveniencia del antropocentrismo humano. Ya cuando este antropocentrismo o ansia humana pide a sí más, “quita” o ignora a otra parte de la realidad sus posibilidades.

Sartre deseaba al fin una terapia para su condición existencial y, de entrada, significó el existencialismo sin duda una de las mejores terapias, sobre la impostura o el atrevimiento emocional, de las inculcadas hasta el siglo XX; porque ya se sabe que todo se debe intentar, todo, incluso lo imposible, tan solo por reconocer o darse al menos cuenta de hasta dónde se puede llegar para comprender más o lo que somos.

